

bes si te cerrará la puerta por indigno de su misericordia, ingrato á sus beneficios? Qué sabes si quien te ha esperado un año te querrá esperar año y hora? *An divitias bonitatis ejus contemnis? Ignoras quod benignitas Dei ad poenitentiam te adducit?* ¿No sabes, hombre pecador, que la paciencia y benignidad de Dios te provoca á penitencia? ¿O acaso desprecias las riquezas de su bondad y atesoras ira para tí con tu dureza y con tu corazón no arrepentido? Esto dice el Apóstol, escribiendo á los romanos. Pues mirad á qué estado traen sus pecados á un hombre, cuando son muchos, que le vuelven insensible á los tocamientos de Dios, y el pecar se le convierte como en naturaleza. Daniel cuenta que soñó Nabucodonosor, rey de Babilonia, un sueño que le trajo muy fatigado, y fué, que veía una estatua grande y espantosa; tenía la cabeza de finísimo oro, los brazos y pechos de plata, el vientre y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro y parte de barro. Hé aquí cómo va el pecador de bien á mal, y de mal en peor. Es propia figura y traza suya esta imagen; que, puesto que allí le quisiese Dios declarar la sucesión y mudanza de los reinos que le habian de suceder; con todo esto, se trae y viene muy á pelo para los pecadores. Tiene el hombre la cabeza de oro, porque allí recibió el bautismo, y su principio espiritual y regeneración fué divina. Diéronle la fe, la esperanza, la caridad, que es la señora y el oro puro y resplandeciente que enriquece el alma. Allí le infundieron los hábitos de todas las virtudes, y quedó riquísima; pero comienza á entibiarse en el amor de Dios, enfriase la caridad, descuidase un poco, y admite algunas ocasioncillas, y viene á perder el lustre del oro de aquel hervor que solia tener; siente el corazón menos casto, la devoción mas caída, el gusto de las cosas de Dios prostrado; cánsale la confesión, la comunión sin lágrimas; finalmente, se ve con barruntos de caer en alguna grave enfermedad. Así viene á dar en plata, que, aunque es de estima, no como oro; así tú ni mas ni menos, aunque por esta tibieza no se pierde la gracia y la amistad de Dios, y aun el hombre tiene valor; mas al fin no es de oro ni las obras le son de tanto mérito ni son tan perfectas como las que solia hacer. Con este descuido y flojedad viene de plata á cobre, porque se descuida y cae en pecado, por donde ya ni sus obras valen ni son de estima, y no le queda mas que el sonido del lenguaje cristiano, con que habla de la virtud y retiene aun á lo que fué; porque un hombre recién pecador, no tan del todo se olvida de la virtud y del buen estado que tuvo, que no le queden á manera de unos cariños de lo que ha perdido. Por eso decimos «que viene á cobre», que es metal sonoro. Dije que, con aquella flojedad y relajamiento que tiene de la virtud, viene á caer en pecado; porque sería milagro que, entibiándose el hombre en la caridad y descuidándose en el ejercicio de las obras de virtud, no venga á caer poco á poco en las graves. Y por esto está Dios tan mal con las almas tibias, que dice que le revuelven el estómago y que le provocan á vómito. Dícele Dios á san Juan: Escribe una car-

ta al ángel de Laodicea (esto es, al obispo de aquella iglesia), y dile: «Yo sé muy bien tus obras, y las tanteo y peso, y les miro los quilates que tienen, y veo que no eres frío ni caliente; y ojalá fueses una destas dos cosas; mas porque eres tibio te vomitaré y lanzaré de la boca.» Aludió á lo que suelen hacer para vomitar, que es beber agua tibia, y con aquel disgusto que causa en el estómago le mueve y revuelve y hace vomitar. De manera que deseaba Dios que le sirviese, ora fuese por amor (que es ser cálido), ora por temor (que es ser frío). Y pienso que la razón desto es, porque cuando de gran frialdad se pasa á calor, se hace y produce mas vehementemente calor, y queda el agua mas ardiente que cuando estando tibia se calienta. Siendo pues ya venida el alma del oro á la plata, y de la plata al cobre, esto es, del hervor del amor á la tibieza de la caridad, y desta al cobre del pecado, si no se vuelve luego á Dios y se descuida de la penitencia, viene á perder el sentimiento de los tocamientos divinos y á estar sorda á todas sus palabras, como el hierro, que es un metal sordo y muy terrestre, y el mas bajo y de menos valor y estima de todos los que cria la tierra. Tenia la estatua de Nabuco los pies de hierro mezclado con barro, y por cierto muy bien; porque, cuando llega un pecador á este punto, ya todos sus deseos, sus pensamientos, sus tratos, todo cuanto hace, dice, piensa y halla, todo es tierra y polvo, y eso ama y busca, y en eso está encerrado, olvidado de Dios y de su cielo y de su gloria, hasta decir David: «Declinaron los ojos á la tierra.» Y estos tales, ya el pecado le tienen tan casero y como vecino y tan familiar, que casi se le vuelve en naturaleza. Y ya acaece á muchos estar tan envejecidos en la costumbre del pecar, que pecan, no por deleite, sino por uso, que suelo yo llamarlos «pecadores de balde», que casi sin pensar en lo que hacen, sin gusto, sin otro interés, forzados de la mala costumbre, pecan; que es lo que dijo el que hizo este soneto, hecho á este mismo propósito. Y por parecerme que lo concluyó bien, he querido ponerlo aquí.

SONETO.

¡Oh paciencia, infinita en esperarme!
Oh duro corazón en no quererlos!
¿Que esté yo ya cansado de ofenderos,
Y que no lo estéis vos de perdonarme?
¿Cuántas veces volvistes á mirarme
Esos divinos ojos, y á doleros,
Al tiempo que os rompía vuestros fueros;
Y vos, mi Dios, callar, sufrir y amarme?
¡Oh guarda de los hombres! vuestra saña
No mostreis contra mí, que soy de tierra;
Mirad á lo que es vuestro, y levantalde;
Que no es deleite ya lo que me engaña,
Sino costumbre que me vence en guerra;
Pues por solo pecar, pecho de balde.

§. XII.

Estas cuatro cosas hacían muy graves los pecados de la Madalena; y así, no es mucho que diga el Evangelista: *Ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix*; Veis una mujer pecadora en la ciudad. Hora no

me parece que habemos aun desentrañado del todo lo que hay en estas palabras. Dos *Ecce* hallo en la sagrada Escritura, que parecen contrapuestos el uno del otro; el uno es este *Ecce mulier*, y el otro el *Ecce homo*, que se dijo del Hijo de Dios. Cuenta el evangelista san Juan que, queriendo Pilato librar al Redentor de las manos de los judíos, sabiendo que por envidia le buscaban la muerte, por moverlos á lástima mandó azotar al Redentor; sácale desnudo con una corona de espinas en su sagrada cabeza y cubierto con una ropa vieja de púrpura; y al tiempo que salió, vuelto á los judíos, que pedían con grande instancia su muerte, les dijo: *Ecce homo*; Veis aquí al hombre; como si les dijera: Acusáis á este hombre por alborotador y revolvedor del pueblo, decís que tiene humos de rey; pues veisle aquí, que lo menos que tiene es talle de hombre, cuanto mas de príncipe. Poned pues á una parte á Cristo, llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, y aquellos divinos ojos llenos de lágrimas; poned á otra parte á la Madalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oid á Pilato, que dice *Ecce homo*; y volved á san Lucas que le contrapone *Ecce mulier*; y mirad agora el misterio tan galan que allí está: *Ecce homo*, pues *Ecce mulier*; para que haya un *Ecce mulier* es menester que haya un *Ecce homo*; que si este no hay, no habrá aquel *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia; *Ecce mulier*, que es mujer por flaca naturaleza. *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier*, que es pecadora. *Ecce mulier*, que peca; pues *Ecce homo*, que lo paga. *Ecce mulier* culpada; pues *Ecce homo* penado. *Ecce mulier*, que merece el castigo; pues *Ecce homo*, que es el azotado. *Ecce mulier* suelta; pues *Ecce homo* atado. *Ecce homo*, que siendo Dios se hizo hombre; pues *Ecce mulier*, que siendo pecadora queda santa. *Ecce homo*, que muere porque esta viva; pues *Ecce mulier*, que vive porque este muere. *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer á Pilato; pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilato da este *Ecce homo* á los hombres para su rescate; Cristo da esta *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro, que te pones en competencia de una pecadora porque tu amor te fuerza, y tu Padre te lo manda! Mirá, hombres, el gran amor de vuestro Dios, que dice: «Tomad un Dios y dadme un hombre; tomad mi Hijo y dadme una pecadora. Pues dime, gran Señor, ¿y este es trueque que se puede sufrir? ¿No ves que te engañan mas que en la mitad? Dar un Dios por un hombre ¿quién tal vió? ¿El justo por un homicida, el inocente por el culpado, el señor por el siervo, el hijo por el esclavo, el Hacedor universal por su misma hechura? ¿Quién vió trocar la gloria por el polvo? La riqueza suma por la suma pobreza? La alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilato te me mues-

tra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da; tú mueres por mí, tú dices: «Esta es mi sangre, que derramo por vosotros;» tu Padre dice: «Así amé al mundo, que le di un solo Hijo que tenia.» Pilato me dice: Pues veis al hombre que todo eso hace; *Ecce homo*; él me dice: *Ecce homo*; mas yo digo: *Ecce Deus*. Hombre te me muestran, mas Dios te conozco; *Ecce homo*, que muere por mí; *Ecce Deus*, que resucita por sí. *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza padeciendo; *Ecce Deus*, que me da su fortaleza venciendo. Dulce retrato de mi remedio, que así te habia yo menester para mí, que te perudieses á tí para hallarme á mí! De manera que lo primero que tenemos es esta contraposición.

§. XIII.

In civitate peccatrix. Extraña cosa es ver que por menudo nos cuenta el evangelista san Lucas las circunstancias desta conversión. Pecadora y en la ciudad, que era la de Nain, donde el día antes habia resucitado el Señor al hijo de la viuda. Pues, ¿hace mas al caso ser uno pecador en la ciudad ó sello en la aldea? ¿Qué importa irse uno al infierno desde su lugar ó irse desde Sevilla? Creo que fué encarecimiento de los pecados de la Madalena. Mucho va, señores, de ser uno ruin en Roma ó en una aldea de Sayago; que en el lugarejo do no se sabe qué cosa es sermon en mil años, y que el cura no sabe leer aun en su breviario; que no hay uno que os dé un consejo ni quien os retraiga de un vicio ni os adiestre á la virtud; que allí seais vos pecador no es milagro; mas que en la ciudad donde están los prelados de la Iglesia, los doctores y predicadores de la fe, la luz del Evangelio; donde tantos monasterios y tan llenos de religiosos se ocupan en los divinos oficios, adonde se predica tan continua la palabra de Dios, donde hay tantos ejemplos de siervos del Señor, tantos confesores tan doctos, tanta frecuencia de sacramentos, y que todo huele á santo y bulle en devoción, y que allí seais malo y jamás salgais de vuestra ruin vida; eso es lo que cansa á Dios y lo que encarece el Evangelista en la Madalena. Mayor fué el pecado de Judas, siendo malo entre los apóstoles, que el de san Pedro negando entre los verdugos de maldad. Esto aun cotejando los pecados que en sustancia fueran iguales, decia Isaías: *Miserere amur impio, et non discet justitiam facere; in terra Sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini*. «Andáos (dice) á tener misericordia y á hacer bien al malo, y no hayais miedo que por eso sea mejor.» Entre los santos y en tierra santa ha hecho maldades, que á ser en la plaza ó en la lonja ó en las gradas de Sevilla ó el sarmental de Búrgos, donde se trata de cambios y logros, y donde se engaña al prójimo y se roban las haciendas y trampean los mercaderes, no fuera mucho; mas que estando en una cartuja entre santos sea diablo, entre los buenos sea malo, esto no se puede sufrir. Pues ¿qué merece este tal? Que *non videbit gloriam Dei*; no se quedará sin castigo, y será que no verá la gloria de Dios. «Había (dice en el capítulo primero

de Job) un varón en tierra de Hus, que era de gentiles, y él era bueno y sencillo. » Parece que lo cuenta como por milagro, que entre malos fuese bueno. Y el santo Lot es tan alabado porque, con ser tales los de Sodoma y viviendo entre ellos, él fuese justo. Mas claro lo dice la Escritura en el capítulo 26 de los Números; y es que, contando cómo Coré y muchos con él fueron tragados de la tierra porque se rebelaron contra Moisés y Aaron, dice: Hizo Dios un milagro en aquel día, que pereciendo Coré, no murieron sus hijos, y es porque no estaban envueltos en los pecados de su padre. Y cuéntalo por milagro, que siendo malos los padres y viviendo con ellos, sus hijos fuesen buenos y no les hubiesen pegado los ruines siniestros de sus padres. Pues por esto pone el sagrado evangelista que era la Madalena pecadora y en la ciudad.

§. XIV.

Pero, Señor, ¿qué quiere decir, que ya que haceis tal merced á esta mujer, quereis que sea tan á costa suya? Bien vendeis vuestra mercadería. Y ya que en un banquete la perdonastes, ¿por qué quisistes que os pagase tan caro el escote, que á trueque desto quereis que cada año por esos púlpitos se publiquen sus pecados á voz deregonero, y que vuestro evangelista le escriba el proceso de su ruin vida, y lo deje firmado de su nombre? Cierito, si tomásemos el voto de muchos, que dijese que es caro perdon. ¿Hay aquí quien, si le dijese que le perdonarian sus pecados si desde un púlpito los apregonase todos delante de la gente que hay en un mediano auditorio, que no le pareciese caro perdon? Hora mirad, señores; los siervos de Dios muy de otra arte sienten de la honra que los del mundo; porque á trueque de que el Señor sea honrado, huelgan que todos sepan que fueron unos grandes pecadores. ¿Qué mas honra puede ser para el médico, que el enfermo, después de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras mas y mas mortales fueron, mas gloria es para el médico que le dió sano? San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, le dice: *Gratias ago ei, qui me confortavit, Christo Jesu, quia fidelem me existimavit, ponens in ministerio; qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus*; Gracias muchas doy (dice el Apóstol) á mi Señor Jesucristo, que me esperó, y le pareció que sería fiel y de algun provecho si me empleaba en su servicio, con ser antes un blasfemo de su nombre, perseguidor de su Iglesia, injuriador de sus santos. No dice esto san Pablo por jactarse de sus pecados, mas por engrandecer la cura que el Médico celestial hizo en él, haciéndole de lobo oveja, de perseguidor predicador, de tirano apóstol. Así el santo rey David, en quien y en cuya doctrina quiso Dios que nada faltase para nuestro provecho, en el salmo de la penitencia, rogando con mil réquiebros á Dios que le perdonase su pecado, le dice: «Haced misericordia de mí, Dios mio; y pues mi pecado es grande, séalo tambien vuestra clemencia. Y si me decis, Señor, que ya otras veces me habeis alimpiado, y que hasta lo sufrido, lavadme, Se-

ñor, aun otra vez, y alimpiad esta nueva mancha de mi pecado; y si me notais de importuno, no es maravilla que lo sea, pues conozco mi maldad y traigo siempre mi pecado delante de los ojos. A ti solo pequé (oh gran Señor), y lo que mas me lastima es, que no me espantó tu presencia; pequé contra tí, porque á ti solo toca castigar los pecados.» Y si Adán pecó y escondió su pecado y lo castigaste, yo le descubro, que mal se cura la llaga cuando del médico se esconde. Perdóname, Médico del cielo, porque quedés por justo; y de tu palabra dijiste en el Deuteronomio á tu pueblo: «Si cuando pecares, arrepentido hicieres penitencia y te volvieres á mí, yo, que soy misericordioso, te perdonaré.» Pues mira, Dios mio, que muchos han oido los grandes bienes que me has prometido; y si agora veis que me desechas de tus ojos, no sabiendo la causa, se quejarán de tu justicia. Pues haz, Señor, que cumpliendo tu palabra en perdonar á mí, que te llamo, salgas verdadero y vencedor cuando los hombres quisieren juzgar tus consejos; y si no basta, buen Dios, para que me perdones, conocer yo mi pecado y ser tú tenido por fiel en tus promesas, baste ver mi flaqueza y el ruin metal de que soy hecho; bien lo saben tus manos, pues ellas me amasaron de barro y flaca tierra, compusieron mis huesos y mis nervios, saben que el barro no es metal de muchas pruebas; pues ¿qué mucho que se quiebre y salte al fuego de la tentación? Mamé mis defectos en la leche; con pecados me concibió mi madre, con ellos me engendró mi padre, y en ellos nací yo. Y pues ves, Señor, que soy lodo, compadécete de tu hechura y halle lugar en tu misericordia el que conoce su miseria. No te maravilles, gran Señor, que peque quien nació con el pecado; y si me dices, Dios y señor de mi alma, que los ángeles pecaron y no los perdonaste, es verdad; pero no se visten de tierra ni están tapiados ni emparedados en barro, como el miserable del hombre. No te alego, Señor, mi flaqueza por excusar mi malicia; mas solo muestro la razon que puedes tener de perdonarme. Finalmente, después de haberle dicho grandes ternuras para moverle á perdonarle, le dice: *Docebo iniquas vias tuas; et impii ad te convertentur*; Señor y Redentor, si me perdonais, si me sanais desta tan grave dolencia, oh Médico del cielo, «yo mostraré á otros dolientes el camino de vuestra santa casa, y todos los enfermos acudirán á vos. «De manera que diré al mundo cuán al cabo estuve, y vos me sanaste, y os tendrán por el mas famoso médico de la tierra; hé aquí para qué cuentan los santos sus pecados y defectos. Aquel venturoso ciego que cuenta san Juan, habiéndole sanado el Señor, con haber bandos y cisma entre los judíos, unos decian: ¿Es él? No es él, mas parecele; otros: Él es, que bien le conocemos; sale él y dice: «Yo soy, yo soy, y Jesús me sanó;» y á todos contaba su enfermedad. Si á la Madalena le preguntasen en el cielo, si le pesa que sus pecados se publiquen en las iglesias cada año, diría que no, pues saca Cristo gloria de su conversion. No piense nadie que los pecados que los santos cometieron en la vida, los afean; porque

acaee que la otra dama que salió con una ropa galana, y al atravesar por un cancel se dió un desgarron, y viendo su ropa rota, échale unos vivos de otro color y hace labor de lo roto y queda mucho mas hermosa. Así es en las faltas de los santos, que echaron unos vivos de penitencia en las ropas de sus vidas, con que quedaron mucho mas hermosos; y no solo no los afean, mas aun muchos que antes de la caída servian á Dios tibia y flojamente, después de haberse conocido y corrido de sus culpas, y haciendo penitencia, se levantan con tanto hervor de amor de Dios, que dejan atrás á los que antes iban primeros; porque, como dicen los teólogos, algunas veces el pecador se levanta á mayor gracia que la que tenia antes que cayese; porque, así como nunca un elemento se fortifica tanto como cuando topan con el contrario, que entonces para resistirle se une y ayunta toda su virtud y fuerza, porque desea rendir y vencer á su enemigo; así ni mas ni menos suele suceder en algunos corazones generosos y escogidos y santos, que mientras no caen en las manos del pecado no muestran aquellos hervores y deseos encendidos de la caridad que vemos en otros particulares; mas cuando topan con el pecado y se ven caidos y derrocados á los pies de sus enemigos, sintiendo la gracia divina que los llama, sin la cual no puede un hombre, después de caido, levantarse, cóncenla y danle entrada en el alma; y con ella y con su libre albedrio y con una generosa fuerza, ayuntando y recogiendo toda su virtud, expelen el pecado y todos los rastros dél, y quedan con doblado espíritu, y viven con mas cautela y recato, y audan mas sobre sí, por no verse otra vez rendidos; y aunque les quedan las señales de las heridas, estánles entonces muy bien; como al soldado que peleando en la batalla cayó, y herido y corrido se levanta y mata á su enemigo, después le veréis preciarse en las plazas de que tiene medio cortada la pierna y una lanzada por el muslo; no se jacta de las heridas, sino de que parándole tal su contrario, con todo eso, pudo mas que él, y le venció y mató; así los santos cuentan en el cielo las victorias que ganaron del demonio, y cómo, aunque heridos y derramando sangre, al fin se levantaron y vencieron. Yo (dirá la Madalena en el cielo) me vi derrocada y vencida, porque las habia con el espíritu inundo que preside á la torpeza y vicios sensuales. Teníame tan ahogada y tan medrosa y sin fuerzas, que siempre que queria me heria en descubierta y á su salvo; mas como llegó á mí el aliento y soplo de la divina gracia de mi capitan Jesucristo, cobré fuerza y coraje, y levantéme y coceéle muy bien; de suerte que jamás se volvió á descomedir conmigo. Así, tambien cuenta san Pedro su negacion y san Pablo la persecucion que levantó contra la santa Iglesia en sus principios. Por esto pues cuenta el glorioso evangelista los pecados de la Madalena, y por esto se cuentan las caídas de los otros santos.

Tambien quiere Dios que se publiquen para nuestra confianza, y que nos sirvan de ejemplo, que no desconfiemos de alcanzar perdon, pues vemos grandes pecado-

res perdonados; y de allí nos nace una santa osadía para presentarnos delante de Dios y pedille perdon de nuestros pecados. Por esto me ponen á un Aaron, gran pontífice, caido y levantado, para que si el Papa pecó, no piense que ya todo es acabado, y que no hay remedio para él, pues le hubo para Aaron. Leo un David adúltero y homicida, pero perdonado y puesto en cabecera de linaje de Dios, porque no diga el rey en pecando que ya se cerró la puerta para pecados de reyes; y á un Zaqueo, para espuela del mercader, á un san Mateo para el escribano, y á una Madalena para las rameras y mujeres erradas; y finalmente, pocos estados hay en la república, de quien no haya ejemplos de pecadores perdonados en la Escritura, y esto para nuestra informacion y ejemplo. Así lo decia el Apóstol, y para esto decia que se escribían estas cosas. «Todo lo que está escrito (dice san Pablo), sabed que se escribió para nuestra doctrina, para que con la paciencia y consolacion de las escrituras tengamos esperanza.» Hé aquí por qué quiere Dios que los pecados de la Madalena se prediquen y apregonen cada año por los púlpitos, y no por afrentalla; y para esto quiere que los escriba su historiador, porque con esto la hace mas famosa en el mundo, y cumple la palabra que le dio allá, cenando en casa de Simon leproso, cuando murmurando los discípulos porque María habia unguido al Señor con aquel unguento extremado, y porque no se habia vendido, dándolo por mal gastado, díjoles el Redentor que no le fuesen molestos, que él haria que su nombre y hechos se celebrasen por todo el mundo. Y es así, que cuanto mas se predicán los pecados, penitencia y obras y amor admirable, y la remision de las culpas de la Madalena, tanto mas famosa y celebrada y engrandecida queda.

PARTE III.

Del libro de la Madalena, y el estado segundo que tuvo de penitente, conforme á la letra del sagrado Evangelio.

Dicho habemos el estado primero de la Madalena, que es el que tuvo de pecadora, y á qué término la trujo la hermosura, libertad, riqueza y pocos años; resta agora que veamos cómo salió del pecado y hizo penitencia, para que entendamos que el Evangelista no nos contó su ruin vida para no mas que decilla, sino para alabanza suya, y para gloria del Hijo de Dios, que la perdonó, la lavó, y la amó tanto. Dice san Lucas.

§. XV.

Ut cognovit quod Jesus, etc. Antes que pasemos adelante, será bien que veamos algo de los secretos maravillosos de la predestinacion de Dios, y esto en una palabra. Espanta ver cómo Dios llama y atrae á uno á sí, y á otro lo deja y aparta de sí; á uno saca de su pecado, y á otro le deja revolcar en él; á uno, de grandísimo pecador, lo hace santo; al otro de muchas virtudes y buena vida, al fin le deja y se condena; á un san Pablo, de corchete y porquero de la justicia, le hace